

REPUBLICANISMO Y RIVALIDAD CON EL CLERO:
MOVILIZACIÓN DE LA PROTESTA ANTICLERICAL
EN ARAGÓN 1900-1913

*Republicanism and Rivalry with the Clergy:
Mobilisation of Anticlerical Protest in Aragon,
1900-1913*

M^a Pilar SALOMÓN CHÉLIZ

*Doctora en Historia por la Universidad de Zaragoza
Periodista Gil Sumbiela, 65, Puerta 6, 46025 Valencia*

Biblid [(1999) 17; 211-229]

RESUMEN: En la crisis política del sistema de la Restauración abierta tras el desastre del 98, el republicanismo recurrió al anticlericalismo para movilizar el electorado en favor de su proyecto político. Centrándose en Aragón, este artículo analiza qué sectores sociales formaban parte del movimiento anticlerical en la primera década del siglo XX, cuáles eran los motivos de su rivalidad con el clero y cómo trataron de instrumentalizar el anticlericalismo popular. Este último punto lleva a estudiar los motivos del descontento anticlerical popular y las formas de exteriorizarse la protesta anticlerical popular.

Palabras Clave: Crisis de la Restauración, Aragón, Republicanismo, Anticlericalismo.

ABSTRACT: In Restoration political crisis opened by 1898 military disaster, republicanism in Spain appealed to anticlericalism in order to mobilize electorate in favor of his political project. Through Aragon's case, this article analyzes which social sectors took part in the anticlerical movement in XXth-century first decade, why they rivaled Catholic clergy and how they tried to turn to account popular anticlericalism.

To answer this last question requires both to deep into the motives for popular anti-clerical unrest and into the ways how popular anticlerical protest was exteriorized.

Key Words: Crisis of Restoration, Aragón, Republicanism, Anticlericalism.

A comienzos del siglo XX, en una España sumida en la crisis del 98, el anticlericalismo representó un movimiento social de protesta contra el papel que la Iglesia católica desempeñaba en el sistema político y social de la Restauración. Aspiraba en última instancia a modificar las relaciones existentes entre Iglesia y Estado, entre sociedad y religión, si bien no existía unanimidad dentro del movimiento anticlerical sobre el alcance que debía tener esa transformación. Las posturas más moderadas proponían básicamente la supremacía del poder civil sobre el religioso y el sometimiento de la institución eclesiástica, en especial las órdenes religiosas, a la legislación estatal; desde las posiciones más radicales —v.g. las anarquistas— se llegó a abogar por eliminar la religión de la sociedad. Entre esos dos extremos, existía una amplia gradación de posturas intermedias, pero todas apuntaban en mayor o menor medida a disminuir el papel de la Iglesia en la vida pública. Para los más moderados esa disminución debía limitarse a la esfera institucional, a las relaciones entre Iglesia y Estado; para los anticlericales más radicales debía extenderse también a la sociedad para acabar con la influencia ideológica y moral que la religión católica ejercía sobre ella.

En el intento de hacer realidad esas aspiraciones secularizadoras, el anticlericalismo chocó no sólo con la resistencia de la Iglesia, sino también con la oposición de los sectores políticos y sociales católicos más conservadores partidarios de mantener a ultranza las posiciones de privilegio de la institución eclesiástica. Para poner coto a lo que esta percibía como avance del demonio de la secularización (v.g. el distanciamiento creciente de la Iglesia entre el naciente proletariado urbano, visible desde 1868), la jerarquía eclesiástica anhelaba mantener no sólo la confesionalidad del Estado y el sometimiento de la labor gubernamental a los ideales católicos; anhelaba también sujetar la sociedad a su exclusivo control ideológico y moral. Las actividades desarrolladas por la institución eclesiástica y los sectores laicos militantes encaminadas a hacer realidad ese modelo confesional de Estado y de sociedad fueron los que dieron vida al clericalismo¹.

A principios de siglo, el conflicto entre anticlericalismo y clericalismo definía, pues, el proceso de secularización en España, entendiéndolo este como el proceso de diferenciación y emancipación de la esfera secular con respecto a la religiosa y la paralela retirada de la religión a la esfera privada².

1. Sobre la participación del anticlericalismo en la lucha por un modelo secularizado de Estado y de sociedad frente al modelo confesional defendido por la Iglesia escribe Julio de la CUEVA MERINO, *Clericales y anticlericales. El conflicto entre confesionalidad y secularización en Cantabria (1875-1923)*, Santander, Universidad de Cantabria y Asamblea Regional de Cantabria, 1994.

Aunque la secularización había avanzado muy lentamente a lo largo del siglo XIX y se había limitado prácticamente al plano institucional —desamortización, propuesta de separación Iglesia-Estado durante la I República que no se llegó a aprobar—, la resistencia beligerante de la Iglesia a las medidas gubernamentales acabó por dotar de un fuerte componente anticlerical a sectores intelectuales, políticos y profesionales próximos a los ideales demócratas y republicanos. La actuación de estos sectores en el Sexenio Revolucionario reflejó que el radicalismo político se había convertido en la ideología en torno a la cual se articulaban las críticas al poder que la Iglesia seguía detentando en la esfera pública política y social, a pesar de haber sufrido la desamortización.

Esa realidad política seguía vigente a comienzos del siglo XX, ya que la Iglesia constituía el bastión ideológico del régimen de la Restauración. Factores coyunturales contribuyeron, además, a que el anticlericalismo se reactivara tras la derrota de 1898 y pasara a convertirse en un elemento fundamental de la escena política de la primera década del siglo. Por un lado, la formación en marzo de 1899 del gobierno presidido por Silvela y en el que figuraba Polavieja fue recibida por muchos políticos —incluidos algunos conservadores como Romero Robledo— como una plasmación de la “amenaza clerical” que se cernía sobre España y así lo transmitían a la población en sus discursos —v.g., Canalejas—. Mayor relevancia tuvo la percepción, cada vez más extendida entre la población, de la responsabilidad de la Iglesia, en especial de las órdenes religiosas, en la pérdida de las últimas colonias. A esto habría que añadir la confluencia de varias circunstancias en 1901 que contribuyeron a alimentar la tensión: el “caso Ubao” sobre una rica heredera menor de edad que había ingresado en el convento sin el consentimiento de sus padres, hecho que se atribuía a los manejos del confesor de la joven; la boda de la princesa de Asturias con el hijo del conde de Caserta, un conocido carlista, y las representaciones de *Electra*, obra de contenido anticlerical, cuando estaba todavía fresco todo lo relacionado con el caso Ubao.

La crisis política que la derrota del 98 precipitó hizo posible, además, que el anticlericalismo pasara a ocupar un lugar privilegiado en los discursos críticos con el turno político de la Restauración. Una eventual salida de la crisis hubiera requerido ampliar las bases sociales sobre las que se asentaba el sistema liberal, incrementando el grado de representatividad del régimen. En este contexto, los republicanos recurrieron al anticlericalismo como discurso movilizador del electorado, pero no para involucrar a las masas en el sistema parlamentario monárquico, sino con la esperanza de poder derribarlo por medio de las urnas e instaurar así la República.

De esta forma, de todos los grupos que defendieron discursos anticlericales —principalmente liberales, republicanos y anarquistas—, fueron los republicanos los que más promovieron el anticlericalismo en la primera década del siglo XX. Las

2. JOSÉ CASANOVA, *Public Religions in the Modern World*, Chicago, University of Chicago Press, 1994, p. 19.

relativas libertades políticas instauradas por el gobierno largo de Sagasta (1885-1890) permitían la expresión y difusión en los órganos de prensa y mítines políticos republicanos de un discurso que identificaba al clero y a la Iglesia como uno de los principales responsables de la crisis nacional provocada por la pérdida de las últimas colonias. Además, en un país donde la presencia institucionalizada de la Iglesia resultaba constantemente palpable en la vida cotidiana de las gentes, era fácil suponer la existencia de agravios contra el clero, que en ocasiones podían tener reminiscencias casi míticas transmitidas de generación en generación por la cultura popular. Los sentimientos anticlericales populares constituían, por tanto, un potencial movilizador importante que los republicanos trataron de rentabilizar aprovechando las posibilidades que el sufragio universal masculino aprobado en 1891 les brindaba en la escena política. A riesgo de enajenarse a los sectores de población —especialmente de clase media— que mantenían algún tipo de vínculo —religioso o personal— con la institución eclesiástica, los republicanos fomentaron el anticlericalismo convencidos de que conseguirían mejores resultados electorales si lograban movilizar en su favor los recelos populares contra el clero.

Ahora bien, gran parte de los sentimientos anticlericales extendidos entre la población española a comienzos de siglo respondían a las características de un anticlericalismo antiguo, crítico con la actuación moral o pastoral de clérigos concretos en la medida que no respondían a lo que los feligreses esperaban de un ministro de Dios. Sus objetivos se limitaban a lograr que el clérigo censurado reformara su comportamiento o, en su defecto, tratar de conseguir del obispo correspondiente su traslado y sustitución por un nuevo miembro del clero. Las motivaciones y aspiraciones de este anticlericalismo tradicional eran, por tanto, diferentes de las del anticlericalismo moderno vinculado a propósitos secularizadores. A pesar de ello, los republicanos no dudaron en apropiarse de algunos de los rasgos de aquel en su esfuerzo por movilizar políticamente al electorado masculino.

Normalmente los estudios sobre la capacidad movilizador del discurso anticlerical se han centrado en la Barcelona lerrouxista y en la Valencia blasquista, donde dicho discurso logró cohesionar eficazmente a las masas urbanas en torno al proyecto republicano. En el resto del país, sin embargo, el anticlericalismo no demostró tener la misma efectividad. Desde esta perspectiva, el caso aragonés parece más representativo de las posibilidades y limitaciones que el recurso al anticlericalismo supuso para las expectativas electorales de los republicanos en la primera década del siglo en aquellas regiones de la mitad norte de España donde predominaba un mundo rural de pequeños propietarios campesinos, donde el proletariado industrial que se concentraba en las capitales de provincia era todavía escaso y donde la hegemonía ideológica católica era cuestionada sólo por escasos sectores de población. Centrándose en Aragón, estas páginas presentan qué sectores sociales formaban parte del movimiento anticlerical en la primera década del siglo, cuáles eran los motivos de su rivalidad con el clero y cómo trataron de instrumentalizar el anticlericalismo popular, cuestión que requiere un análisis previo de las motivaciones y expresiones de la protesta anticlerical popular.

A comienzos del siglo XX, el anticlericalismo en Aragón era un fenómeno de núcleos progresistas reducidos, ideologizados y con una cierta educación, preferentemente de sectores profesionales —periodistas, maestros— o de la pequeña burguesía urbana. Aunque algunos núcleos de artesanos instruidos y de obreros ideologizados apoyaran también el anticlericalismo, sus principales defensores pertenecían más bien al conglomerado de clases medias urbanas. Sus aspiraciones políticas se centraban principalmente en conseguir una mayor y mejor representación de sus intereses que la que les brindaba el sistema de partidos turnantes. Por ello apoyaban el republicanismo. Y ahí radicaba en gran medida su rivalidad con el clero.

Por un lado, las condenas que la Iglesia lanzaba contra el republicanismo y todas las ideologías progresistas constituían uno de los motivos de la crítica anticlerical republicana más reiterados y amargos. Los partidos republicanos consideraban que dichas condenas dañaban sus posibilidades electorales y limitaban su capacidad para atraer nuevos adeptos debido al estigma moral que lanzaban sobre militantes y simpatizantes, incluso sobre los lectores de la prensa republicana, denominada por el clero “Mala Prensa”. Esto generaba un fuerte sentimiento de rivalidad, a veces incluso de desafío, contra la hegemonía que la Iglesia católica ejercía en el terreno ideológico y moral. Una de las manifestaciones más típicas de esa rivalidad consistía en el hincapié que la prensa anticlerical republicana ponía en cuestionar la capacidad moral del clero para guiar espiritualmente a la población.

No es que los anticlericales pretendieran sustituir a la Iglesia en la función de dirección espiritual de la comunidad, al menos por lo que se refiere a aquellos que distinguían entre catolicismo y clericalismo; pero sí querían acabar con el carácter exclusivista con el que la Iglesia ejercía dicha función, porque en él se amparaba el monopolio eclesiástico de la definición de lo moral y socialmente aceptable. De esta forma, modos de pensar —v.g., el librepensamiento— y de actuar —v.g., ceremonias civiles— ligados a la cultura laica no tendrían que temer la pesada losa que las condenas eclesiásticas representaban para sus ansias de reconocimiento legal y de aceptación social. Las aspiraciones secularizadoras del movimiento anticlerical constituían, pues, una fuente de rivalidad con el clero, especialmente cuando este hacía valer su función de guía espiritual para condenar a los grupos políticos que las defendían.

Existía, sin embargo, otra razón más inmediata para que los sectores anticlericales rivalizaran con el clero: la necesidad de movilizar políticamente al electorado con objeto de atraer su voto para los candidatos republicanos. Con este propósito electoral, los partidos republicanos apelaban a los recelos contra el clero que existían en parte de la sociedad. Trataban, en definitiva, de instrumentalizar políticamente el anticlericalismo popular. Antes de analizar las formas que adoptó dicha instrumentalización, conviene profundizar en la protesta popular anticlerical, en sus motivaciones y en sus manifestaciones.

¿Qué situaciones solían generar descontento anticlerical entre la población? La correspondencia consultada en los archivos diocesanos de Zaragoza, Huesca y Bar-

bastro relativa a la primera década del siglo muestra que existían dos grupos de motivaciones del descontento anticlerical.

El primero, el más numeroso con diferencia, englobaría las relacionadas con la actitud moral y pastoral del clero secular. Parece que las que tenían una mayor repercusión entre la población eran las que hacían referencia a comportamientos personales considerados impropios e inmorales para un ministro de Dios: por ejemplo, el carácter soberbio y orgulloso de ciertos clérigos, su inclinación por alguno de los bandos en que pudiera estar dividida la comunidad, el enfrentamiento entre eclesiásticos de una misma localidad, y en especial las sospechas que despertaban las relaciones demasiado estrechas que pudieran mantener con alguna mujer del pueblo³.

La manera que un sacerdote tenía de ejercer su ministerio podía ser fuente también de resentimiento entre sus parroquianos. El cura que, a juicio de estos, descuidaba las cosas sagradas era objeto de duras críticas al considerarse que era algo impropio de su misión sacerdotal. Las situaciones más susceptibles de plantear conflictos giraban en torno a la administración del viático y de los últimos sacramentos, siempre y cuando los feligreses juzgaran que había habido algún tipo de negligencia por parte del clérigo. No debemos olvidar a este respecto la insistencia de la doctrina eclesiástica en la trascendencia de una buena preparación para la muerte como medio de acceso a la vida eterna. De igual forma, la venta de objetos de arte y culto de las iglesias sin el consentimiento, a veces incluso sin el conocimiento, de los vecinos daba pie a agrias censuras contra el párroco, al que se atribuía la responsabilidad de velar por los bienes de la iglesia, considerados como algo propio de la comunidad. De ahí lo sentido de las críticas populares cuando hechos de esa naturaleza salían a la luz.

No sólo el descuido del clero en su labor sacerdotal podía constituir motivo de queja. De igual forma, el “exceso de celo” en el desempeño de su ministerio podía generar descontentos. A juzgar por la correspondencia con los obispados aragoneses, las circunstancias más propicias para que ello ocurriera eran las celebraciones que marcaban las distintas etapas de la vida de los vecinos —bautismo, boda o funeral—. Si los novios o los familiares de los recién nacidos o fallecidos opinaban que el rigor con que el cura aplicaba las normas eclesiásticas establecidas para cada caso podía poner en peligro la ceremonia religiosa, no dejaban de criticarlo⁴.

3. Ejemplo de estos motivos del descontento anticlerical en la carta del párroco de Santa María de Tauste de 26/3/1903 al arzobispado de Zaragoza —sobre el enfrentamiento entre dos coadjutores de la parroquia— o en las remitidas desde Trasobares (Zaragoza) en la primera mitad de 1903 sobre la conflictiva relación de los parroquianos con el ecónomo del pueblo, en parte por las relaciones amorosas que se le atribuían con una moza del lugar; Archivo Diocesano de Zaragoza (ADZ), Caja “Correspondencia 1903”.

4. El caso más típico era el de las costas matrimoniales que aquellos novios con un grado de consanguinidad próximo tenían que sufragar a la Iglesia con objeto de solicitar la dispensa matrimonial. Algunos se negaban a pagar o solicitaban al párroco una rebaja, argumentando incluso que si no se les

Las situaciones más tensas se vivían cuando el sacerdote se negaba a enterrar a un difunto en el cementerio católico de la localidad —con frecuencia, el único existente— por considerarlo al margen de la Iglesia o en abierta oposición a ella. La legislación vigente a comienzos de siglo amparaba la decisión del sacerdote en esta materia y la hacía irrevocable. Por ello, y dada la trascendencia del acto, el párroco no escapaba a las críticas. Procedentes sobre todo de los allegados del finado, se censuraba la decisión pastoral alegando generalmente el carácter católico de la familia o bien razones sentimentales o de honra social. En alguna ocasión se escucharon argumentos anticlericales mucho más radicales como ocurrió en Villanueva de Gállego (Zaragoza) en marzo de 1901, donde el hijo de una difunta negó al cura todo derecho a impedir el sepelio de su madre en el cementerio de la localidad; según su opinión, este dependía del poder municipal ya que el pueblo lo había costeado y, por tanto, dicha autoridad era la única legitimada para autorizar el entierro⁵.

Además de estos motivos para el descontento anticlerical popular, existían otros —que hemos englobado en un segundo grupo— en torno a las diferencias que surgían entre el clero y distintos sectores de la comunidad por la defensa a ultranza que aquel hacía de lo que consideraba derechos inalienables de la Iglesia.

En el campo de la enseñanza pública, por ejemplo, la Iglesia seguía detentando a comienzos de siglo sus tradicionales prerrogativas con objeto de asegurar la ortodoxia y la pureza de la educación. El sacerdote estaba encargado de visitar periódicamente la escuela, controlar la enseñanza del catecismo impartida por el maestro, cuidar de la participación y asistencia de los niños presididos por este a determinados actos de culto, etc. No es difícil suponer que el ejercicio de estas funciones pudo dar pie a alguna que otra tirantez con el maestro, especialmente si este veía en ellas una injerencia en su labor educativa⁶. Aunque escasas de momento, esas tensiones se situaban en el contexto de una progresiva ocupación de competencias por parte del Estado en el terreno de la enseñanza, un área que había sido durante siglos dominio de la Iglesia.

En su relación con los vecinos, las cuestiones temporales de las que solía ocuparse el clero secular —v.g. la administración de las propiedades de la iglesia— podían convertirse también en fuente de resentimiento. Desde el punto de vista de la protesta anticlerical tenían, sin embargo, mayor trascendencia las preferencias del

concedía se casarían por lo civil o harían vida marital sin contraer matrimonio. Correspondencia diversa sobre este tema en ADZ, Cajas “Correspondencia 1904” y “Correspondencia 1905”.

5. Carta del párroco de Villanueva de Gállego de 8/3/1901 al arzobispado de Zaragoza; ADZ, Caja “Correspondencia 1901”.

6. El problema más grave tuvo lugar en Villanueva de Huerva (Zaragoza) en junio de 1901, donde el maestro asesinó al regente de la parroquia tras una acalorada discusión motivada, según el remitente de la carta al arzobispado, porque el cura le había pedido la asistencia de dos monaguillos a la iglesia en horas de clase y, ante la negativa del maestro, aquél había acudido a quejarse ante el alcalde; carta del párroco de Fuendetodos de 8/6/1901, ADZ, Caja “Correspondencia 1901”.

cura por algún grupo o bando de la comunidad, sobre todo cuando afectaban al terreno de la política; y si el grupo que se sentía menospreciado estaba al frente del ayuntamiento, el caso podía degenerar en un conflicto entre las autoridades civil y religiosa locales⁷.

En la primera década del siglo XX, la tensión entre ambos poderes locales surgió también por otros motivos relacionados con el proceso de definición y asunción de competencias por parte de las instituciones estatales de la época. Los conflictos por el control de las campanas y relojes de las torres de las iglesias podrían considerarse simbólicos a este respecto. Siempre que algún ayuntamiento reclamaba derechos sobre ellos alegando que los había comprado o costado, la Iglesia respondía defendiendo su carácter sagrado. En consecuencia, aunque esta aceptaba que las campanas se utilizaran con fines civiles, rechazaba toda disposición que pudiera restringir las prerrogativas de la autoridad eclesiástica a la hora de decidir sobre la oportunidad y adecuación de dichos fines⁸.

En el contexto de la expansión de las competencias del poder civil, la tensión entre las autoridades civil y religiosa locales se manifestó también en la administración de los fondos de las fundaciones benéficas y asistenciales —sobre todo cuando en su junta directiva estaban representados el ayuntamiento y el clero local— o en cuestiones como la propiedad de determinados lugares religiosos o relacionados con la vida del clero —ermitas, santuarios, cementerios, casas curato—⁹. Al igual que ocurría con los roces entre el cura y el maestro, todas estas tensiones reflejaban el proceso de expansión del Estado y la resistencia de la Iglesia a ceder competencias que habían sido suyas durante siglos. En los casos documentados, no parece que dichas tensiones trascendieran más allá de las élites locales que controlaban los ayuntamientos afectados. No podemos evaluar si tuvieron algún efecto entre sus habitantes, en la medida que no llegaron a estallar abiertamente, si bien, como demostró el conflicto sobre la propiedad del ex-convento de los Paúles en Barbastro en 1912, podían adquirir trascendencia popular en determinadas circunstancias¹⁰. En general, sin embargo, estas tensiones se man-

7. Sobre injerencia del regente de Mirambel (Teruel) en las luchas políticas del pueblo escribe el diputado a Cortes por Mora de Rubielos en carta al arzobispo de Zaragoza el 31/5/1904; ADZ, Caja "Correspondencia 1904".

8. BEOT, 10 y 19/12/1903, "¿De quién son las campanas?". Tensiones al respecto en Estopiñán (Huesca) —*Boletín Eclesiástico del Obispado de Huesca* (BEOH), 11/6/1906, pp. 147-149— y por el control del reloj de la torre de la iglesia en Sarsamarcuello (Huesca) —carta de 22/10/1910—; Archivo Diocesano de Huesca (ADH), Correspondencia, Legajo XXI.

9. El cura de Pastriz (Zaragoza) mencionaba en su carta de 2/4/1903 los disgustos y amenazas que había sufrido por defender los derechos de la Iglesia sobre la casa rectoral; desde Hoz de la Vieja (Teruel) se comunicaba el 21/1/1901 el descontento del pueblo con el cura por su forma irregular de administrar el pío legado; ADZ, Cajas "Correspondencia 1903" y "1901" respectivamente.

10. El conflicto de Barbastro fue el más representativo de este tipo en Aragón. El asunto tuvo repercusión popular en 1912 cuando la minoría republicana del ayuntamiento lanzó una campaña en la ciudad —con mitin incluido— reclamando la propiedad municipal del edificio. Véase *La Patria Chica* (Barbastro), 15/6/1912.

tuvieron latentes hasta los años 30. Con la implantación de la IIª República, los conflictos larvados saldrían a la luz en un contexto caracterizado por la pérdida de posiciones de privilegio por parte de la Iglesia y la convicción de los ayuntamientos republicanos en las posibilidades que se les abrían con el nuevo régimen de hacer realidad las aspiraciones del poder civil.

¿Cómo reaccionaba la población ante esas situaciones de descontento anticlerical? ¿Qué formas adoptaba la protesta anticlerical popular? De la correspondencia con los obispados señalados anteriormente se deduce que, en general, la protesta se dirigía contra miembros concretos del clero secular cuyo comportamiento moral y/o pastoral no respondía a lo que el pueblo esperaba de un representante de la divinidad. Críticas y comentarios a nivel local constituían las primeras manifestaciones del descontento. Si estas no lograban modificar la actitud del clérigo censurado, se solicitaba al obispado su sustitución por un nuevo sacerdote. Con objeto de hacer más evidente el rechazo que merecía tal clérigo, los parroquianos recurrían a veces al boicot a los actos de culto que él organizaba¹¹; y en las situaciones más graves se podía llegar a proferir insultos y amenazas al cura o a enviarle anónimos.

Perturbar los actos de culto o mantener una actitud irreverente hacia ellos era otra manera de expresar la protesta anticlerical. Podía adoptar diversas formas, pero sin duda una de las más típicas consistía en no descubrirse ante el sacerdote cuando pasaba llevando el viático o la cruz o cuando presidía una procesión¹².

En ocasiones, la protesta anticlerical no se vio exenta de violencia. Aparte de agresiones individuales a algún párroco, podían estallar tumultos o motines en aquellas circunstancias que el pueblo consideraba especialmente graves, como la negativa del párroco a enterrar a un vecino en el camposanto en contra de los deseos de sus familiares¹³.

Todas estas formas de la protesta anticlerical popular constituían un repertorio al que se recurría para exteriorizar el malestar existente contra clérigos concretos a los que se recriminaba bien su comportamiento moral y/o pastoral, bien su defensa beligerante de los privilegios eclesiásticos en la comunidad. Normalmente trataban de lograr que el clérigo enmendara su actitud, o en su defecto, aspiraban a conseguir del obispado correspondiente su traslado y sustitución. No parecía, por

11. Entre las formas de boicot se encuentran la disminución de la asistencia o de las limosnas, salirse de la iglesia en el momento del sermón, dejar de llevar los niños al catecismo o la ausencia del consejo municipal en los actos de la misión cuaresmal para dejar patente ante la autoridad diocesana las malas relaciones con el párroco.

12. Desde el punto de vista legal, esas acciones —v.g. no descubrirse, entrar fumando en la iglesia en medio de un acto de culto, etc.— constituían delitos o faltas en cuanto perturbaban las manifestaciones públicas de la religión oficial del Estado y como tales eran sancionadas por la autoridad judicial competente.

13. Un ejemplo en el Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ), Libro de Sentencias de lo penal, 1901, sección 1ª, sentencia de 11/4/1901 sobre unos sucesos ocurridos en Urrea de Jalón (Zaragoza). Sobre intento de agresión al párroco de Ainzón (Zaragoza), véase AHPZ, Libro de Sentencias de lo penal, 1909, sección 2ª, sentencia nº 133 de 31/7/1909.

tanto, que pusieran en cuestión el papel general del clero en la sociedad, si bien algunas de las escasas manifestaciones de protesta relacionadas con el segundo grupo de motivaciones del descontento sugieren que existía cierto deseo entre las élites locales de limitar la presencia del cura a lo exclusivamente espiritual.

Ahora bien, ese mismo repertorio se utilizó también para expresar la protesta anticlerical específicamente contemporánea. De ahí la importancia de conocer el contexto y las motivaciones de los autores para determinar si una acción —perturbación de un acto de culto, insulto, tumulto— se dirigía contra un cura concreto o si reflejaba más bien que se estaba cuestionando el papel del clero en la sociedad y, a través de él, el de la Iglesia e incluso el de la religión. En definitiva, las diferencias entre la protesta anticlerical popular tradicional y la más propiamente contemporánea habría que situarlas, más que en las formas que adoptaba la protesta, en las premisas ideológicas en las que esta se basaba y en los objetivos que con ella se perseguía¹⁴.

En el proceso de ideologización que todo ello implicaba desempeñó un papel muy importante el discurso anticlerical transmitido principalmente a través de la prensa republicana. A comienzos de siglo los periódicos aragoneses de esa orientación —*El Progreso*, *El Clamor Zaragozano*, *La Correspondencia de Aragón*— recogían muchos de los motivos del descontento anticlerical anteriormente mencionados, así como algunas de las manifestaciones de protesta.

A diferencia de la correspondencia enviada a los obispados, su propósito no era comunicar los problemas que el clero encontraba en la labor pastoral ni las razones por las que una parroquia solicitaba el traslado de algún sacerdote mal visto por sus feligreses. La prensa republicana trataba ante todo de difundir y configurar una ideología anticlerical entre el público al que se dirigía. Con ese objeto destacaba todas aquellas situaciones reales, supuestas o míticas que, además de ayudar a caracterizar al adversario clerical, solían tocar con más fuerza la fibra anticlerical. En sus artículos se presentaban sucesos —no necesariamente verídicos— que ejemplificaban comportamientos morales del clero inadecuados para un representante de la divinidad, como la lujuria, la avaricia o el enfrentamiento entre eclesiásticos. De esta forma, la prensa republicana de signo anticlerical se hizo eco de los motivos más frecuentemente reiterados en la correspondencia con los obispados como causa del descontento popular hacia el clero. De paso, conectaba con una tradición anticlerical popular que durante siglos había identificado al clérigo como perezoso, orgulloso, lujurioso y avaricioso. Gracias a ello y al hecho de que las críticas presentadas en la prensa republicana reflejaban presupuestos éticos básicamente cris-

14. Así, por ejemplo, la actitud del presidente de la Juventud Republicana de Villanueva de Huerva (Zaragoza) al no descubrirse ante el párroco cuando volvía de un entierro constituye una muestra de anticlericalismo contemporáneo —aunque fuera una forma de protesta tradicional—, tanto por la ideología del denunciado, como por la decisión adoptada por los socios de la Juventud Republicana local de no descubrirse nunca más ante él en protesta por la denuncia que había presentado contra el presidente de dicha asociación; véase *La Correspondencia de Aragón*, (Zaragoza), 22 y 27/5/1912.

tianos, la ideología anticlerical difundida en ella podía calar más fácilmente entre los sectores católicos críticos con el clero, al tiempo que los ponía en contacto con una interpretación progresista del anticlericalismo vinculada al laicismo¹⁵.

Las supuestas inmoralidades de algunos sacerdotes servían de base a los argumentos sobre la incapacidad del clero para vivir de acuerdo con los mandamientos que predicaba. Asimismo cualquier incidente que girara en torno a la figura de algún cura se aprovechaba para destacar las consecuencias negativas que para la paz y la convivencia del pueblo tenían bien sus inmoralidades, bien la actitud intolerante con que ejercía el control moral de la población¹⁶. Con ello, lo que se pretendía en última instancia era poner en duda la capacidad moral del clero para desempeñar la función que tenía asignada en exclusiva, a saber la de guía moral y espiritual de la comunidad.

El “exceso de celo” en el ejercicio de su ministerio fue otro motivo del descontento anticlerical que encontró eco en la prensa republicana de comienzos de siglo. El malestar que podía provocar esa actitud del clero con ocasión de algunas ceremonias religiosas, en especial los entierros, constituía uno de los marcos preferidos para denunciar lo que se consideraba una muestra de la rigidez clerical. Dichas situaciones permitían ejemplificar uno de los temas preferidos de la ideología anticlerical, la intransigencia del clero y sus abusos de poder; y, si tenían por escenario una boda o un funeral, ofrecían además la oportunidad de conducir la crítica anticlerical hacia la solución alternativa que en este campo exigían los sectores laicistas: la legalización sin restricciones de las ceremonias civiles¹⁷.

Por su parte, la demanda de laicización de la enseñanza, constantemente presentada en los órganos republicanos como una de las medidas prioritarias del programa de sus respectivos partidos, iba aparejada a la denuncia de los males de la enseñanza clerical. Curiosamente las funciones que la ley otorgaba al clero secular en la educación pública apenas atrajeron la atención de la prolífica crítica anticle-

15. Sobre la presencia de la ética cristiana en la ideología anticlerical escribe José Álvarez Junco, “El anticlericalismo en el movimiento obrero” en VV.AA., *Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión*, Madrid, S.XXI, pp. 283-301.

16. Opiniones como estas fueron reiteradas una vez más con motivo del asesinato de un agricultor acomodado de Pastriz (Zaragoza) por el cura del pueblo a mediados de julio de 1904; *El Progreso* (Zaragoza), 22/7/1904 —y días sucesivos—, indica que el pueblo quiso linchar al cura e incendió su casa. Las noticias sobre la venta o desaparición de objetos de arte y culto de las iglesias eran otra forma de resaltar la incompetencia del clero en el ejercicio de su misión y las negativas consecuencias en la paz de la población; v.g. *El Clamor Zaragozano* (Zaragoza), 13/8/1903 o *El Progreso*, 27/9/1905 y 31/10/1906.

17. Excepto en los pocos meses en que estuvo vigente la reforma de Romanones de agosto de 1906, para casarse por lo civil era necesario abjurar formalmente de la religión si se estaba bautizado. De ahí las críticas a la falta de alternativas al matrimonio canónico en *El Clamor Zaragozano*, 27/1/1901, p. 3, “Cosas de curas” o el 14/8/1902, p. 3, “Vergüenza de la justicia española. Casamientos sin juez ni clérigo”. Con respecto a los funerales, las situaciones que generaron mayores censuras eran aquellas en que el sacerdote se oponía al entierro civil de algún difunto y exigía officiar uno católico; véase *El Progreso*, 22/7/1904, p. 3; 21/1/1905, p. 2; 10/7/1906, p. 1; 8/9/1906, p. 2; 10/1/1907, p. 1.

rical sobre la cuestión. Su punto de mira se centró casi exclusivamente en la enseñanza congregacionista y en la práctica omnipresencia de las órdenes religiosas en la educación privada. La exposición que el profesorado privado de la provincia de Zaragoza remitió al gobierno a comienzos de 1904 denunciando las nefastas consecuencias que para la supervivencia de sus colegios representaba la creciente concurrencia de centros educativos religiosos ofreció a la prensa republicana una nueva oportunidad de reiterar los argumentos anticlericales sobre el tema. El hecho permitía aprovechar de paso las susceptibilidades que podía despertar entre los aragoneses la llegada a España de los religiosos expulsados de la vecina república francesa¹⁸.

Por último, las situaciones propicias para el descontento anticlerical vistas más arriba en torno a las relaciones del clero con los ayuntamientos y los pueblos en que desarrollaban su labor no atrajeron la atención de la prensa republicana de forma significativa. Esta no dejó de reseñar, sin embargo, las condenas que sacerdotes y religiosos lanzaban desde el púlpito contra el liberalismo y el republicanismo, sus órganos periodísticos —calificada como “Mala Prensa”— y sus simpatizantes. Comportamientos como esos ilustraban a juicio de los órganos republicanos la intolerancia del clero y el abuso que este hacía de sus prerrogativas. Le reprochaban que, al lanzar dichas condenas, además de salirse de las atribuciones espirituales que tenía asignadas, utilizaba la ascendencia que le otorgaba su función pastoral sobre la comunidad para desprestigiar unas ideas y posturas políticas legítimas; que no sólo se inmiscuía en la vida política de los pueblos, sino que con su actitud generaba tensiones entre los vecinos en vez de actuar como portador de paz, con lo que ponían en cuestión una vez más la competencia del clero para formar y regir las conductas morales y la formación espiritual de la población¹⁹. Detrás de todos estos argumentos, latía la convicción de la influencia negativa que suponía para las expectativas electorales del republicanismo la actitud del clero. De ahí que las críticas a las condenas eclesiásticas contra las ideologías progresistas se multiplicaran con ocasión de los comicios. Durante las campañas previas, todos esos comentarios tenían un objetivo claramente movilizador; y una vez conocidos los resultados —generalmente adversos— de la votación, solían servir para denunciar las condiciones adversas en las que esta se había desarrollado, causa última de la derrota de los candidatos republicanos. En cualquier caso, se trataba de dejar constancia por encima de todo de la injusticia del sistema político de

18. *El Progreso*, 16 y 17/12/1903, “Los maristas”; 22 y 23/12/1903; 2, 5, 7 y 24/1/1904. Por su parte, *El Clamor Zaragozano*, 1/2/1903, se lamentaba de la competencia que iban a hacer a los fabricantes de licores los benedictinos llegados a la Cartuja Baja (Zaragoza).

19. *El Progreso*, 25/3/1904, p. 3, “Huesca. Un sermón de cuaresma”; 8/12/1904, p. 1, “Clericale-rías”; 4/2/1905, p. 1, “Curas y caciques”; 17/2/1905, p. 1, “Propaganda jesuítica”; 14/6/1905, p. 1, “¡Esos curas rurales!...”; 24/10/1906, “La libertad y los neos”. *El Clamor Zaragozano*, 17/5/1900, p. 2, “Otra excomunión”, sobre la del obispo Soldevila al periódico *La Unión* de Tarazona (Zaragoza).

la Restauración en cuanto que no reprimía tales injerencias del clero en la vida política de pueblos y ciudades.

En definitiva, los presupuestos ideológicos utilizados en la prensa republicana para explicar el descontento anticlerical popular no olvidaban los argumentos de la vieja tradición anticlerical relativos a la inmoralidad del clero —lujuria, gula, soberbia—. Añadían, además, otros nuevos influidos por presupuestos ilustrados y positivistas tales como la libertad y la fe en la razón y la ciencia, aunque la forma de expresarlos seguía cargada de referencias éticas básicamente cristianas. Por último, las consecuencias que de ellos se derivaban eran fundamentalmente de tipo político: así, como solución a los abusos del clero, muchos artículos periodísticos acababan abogando por la aprobación de determinadas leyes que respondían a las aspiraciones secularizadoras del movimiento anticlerical —separación Iglesia-Estado, supremacía del poder civil sobre el religioso, secularización de cementerios, legalización de las ceremonias civiles, etc.—.

Este propósito secularizador era uno de los objetivos hacia los que el discurso anticlerical pretendía canalizar los recelos populares hacia el clero. De ahí la insistencia en cuestionar la capacidad moral de este para guiar espiritualmente a la población. Sin embargo, aunque este objetivo aparecía muy claro en la teoría, en la práctica tenía prioridad la necesidad de movilizar políticamente a la población con fines electorales. Veamos cómo se materializó ese proceso de movilización.

El discurso anticlerical constituyó un elemento central de dicho proceso. Con argumentos como los presentados anteriormente, contribuyó a la ideologización de los sectores sociales a los que el republicanismo solicitaba el voto. Sirvió, además, para fomentar nuevas manifestaciones de la protesta anticlerical que confirieran una imagen de identidad a los partidarios del anticlericalismo.

Cuando la prensa republicana hacía referencia al recelo existente en una localidad contra algún clérigo, sobre todo si acababa en alguna forma de protesta, los artículos enfatizaban el carácter generalizado de dicho descontento. Daban la impresión de que todo el pueblo participaba del mismo sentimiento, de que todo el pueblo participaba en la protesta si esta llegaba a tener lugar. Igualmente, cuando desde la prensa se hacían llamamientos para acudir a un mitin o a una manifestación de protesta por alguna “hazaña” clerical, se apelaba a todo el pueblo para mostrar con su presencia el rechazo general a las supuestas inmoralidades del clero.

Esto respondía a la voluntad del republicanismo de comienzos de siglo de potenciar la identidad mítica del “Pueblo” sufriente y redentor²⁰. Por medio del discurso anticlerical, los partidos republicanos apelaban a la unidad de ese “Pueblo” frente al enemigo clerical animándolo a movilizarse contra él.

20. Sobre la simbología del mito y su fuerza movilizadora en el discurso anticlerical republicano, véase José Álvarez Junco, *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, pp. 401-413.

Mítines y manifestaciones anticlericales eran las nuevas formas de protesta anticlerical que más convenían a los objetivos republicanos de ideologización y movilización política. *El Progreso* proporciona algún ejemplo al respecto como el de Alagón (Zaragoza), donde la indignación de un centenar de hombres, que se salieron de la iglesia a causa de las predicaciones que hizo un fraile contra la libertad, la igualdad y la fraternidad aprovechando la misa del patrón del pueblo, no acabó afectando al convento local gracias, según su versión, a la intervención y prestigio de los más significados republicanos; la protesta se canalizó en su lugar hacia la organización de un mitin al que se convocó a todos los “espíritus liberales” de la localidad²¹.

Aunque en muchos de los actos políticos organizados por los republicanos con motivo de las campañas electorales y de la inauguración de nuevos centros y casinos se pronunciaban las consabidas palabras contra las órdenes religiosas y el clericalismo, se organizaron también mítines específicamente anticlericales. En Aragón fueron convocados fundamentalmente por los sectores progresistas del republicanismo y por librepensadores como parte de las campañas desarrolladas a nivel nacional contra el clericalismo, en defensa de la enseñanza laica o en protesta por algún abuso reciente cometido por el clero. En Zaragoza, a finales de julio de 1901 se organizó un mitin para conmemorar el aniversario de la exclaustración de los religiosos de 1837; en enero de 1904 se celebró otro dentro de la campaña contra Nozaleda; en julio, septiembre y octubre de 1904, otros contra las órdenes religiosas y el Concordato; a finales de 1906 y comienzos de 1907, otros en defensa principalmente de la enseñanza laica; en febrero de 1907, dos en honor de Jordano Bruno; en julio de 1910, tres en favor de la política de Canalejas, uno de los cuales fue seguido de una manifestación anticlerical²². Celebrados en teatros como el Pignatelli de Zaragoza, en edificios abiertos a actos públicos como La Lonja, en casinos republicanos de barrios obreros de la capital —Torrero y Arrabal— o en amplios espacios públicos como el Frontón Zaragozano, reunían a cientos de personas —miles según los órganos republicanos— a las que en julio de 1904 un representante de la Juventud Republicana de Madrid —Eugenio Moriones— saludó “no como el pueblo de la Virgen del Pilar”, sino como “el pueblo de infinitos héroes” que había luchado contra los franceses. Las adhesiones que se leían en esos actos, remitidas por centros republicanos regionales y nacionales, así como la

21. *El Progreso*, 14/6/1904, p. 3; el 18/4/1905 se menciona la organización por parte de los republicanos de dicho pueblo de una manifestación en protesta por la inmoralidad del cura, que fue finalmente prohibida.

22. *El Clamor Zaragozano*, 1/8/1901. *El Progreso*, 12/1/1904; del 1/8/1904 proceden las comillas del párrafo; 24 y 27/9/1904; 3/10/1904; 2, 4, 18 y 30/12/1906; 1, 6 y 10/1/1907; 19/2/1907. *La Correspondencia de Aragón*, 5 y 11/7/1910; el 5/7/1910 habla de una manifestación en Huesca en apoyo de política de Canalejas; el 11/3/1912 sobre el mitin de Huesca contra la supuesta participación de un alto clérigo en un infanticidio; el 12/6/1912 sobre el mitin de Barbastro celebrado en apoyo de la política de la minoría radical con respecto al ex-convento de los Paúles.

abundancia de insignias de los centros asistentes contribuían a fortalecer entre los participantes la idea de que formaban parte de ese “Pueblo” que luchaba por liberarse del enemigo clerical. Las referencias patrióticas que se hacían en los mítines y en la prensa aludiendo al espíritu liberal que habían demostrado los aragoneses en el pasado —contra el invasor francés, en las guerras carlistas y durante la Revolución del 68— respondían al intento de conferir a ese “Pueblo” una identidad definida por el patriotismo y lo nacional, no por la religión. En consonancia con la afirmación patriótica del republicanismo de comienzos de siglo, la identidad nacional sustituía a la religiosa en el discurso anticlerical republicano²³.

Aparte de mítines y manifestaciones, los sectores republicanos fomentaron también otras formas de protesta anticlerical. No tenían una inmediata utilidad como instrumentos de movilización política, a diferencia de mítines y manifestaciones; pero servían de instrumento de afirmación de los anticlericales hacia dentro, como grupo con una identidad de ideas, y hacia fuera, porque les permitía identificarse en su rivalidad contra el clero.

En esta categoría se englobarían las ceremonias civiles. Las trabas con que siempre había tropezado su legalización desde que comenzó a plantearse a mediados del siglo XIX y la oposición radical de la Iglesia a todo proyecto legislativo orientado a tal propósito terminó por conferirles un fuerte carácter anticlerical. Representaban un desafío al poder de la Iglesia al cuestionar el papel de esta como única institución capaz de legitimar los ritos de paso en la vida del hombre. La prensa anticlerical enfatizaba ese componente de rivalidad con el adversario clerical cuando hacía referencia a las ceremonias civiles —entierros civiles, principalmente— celebradas por los correligionarios republicanos o sus familiares. Las ensalzaba como una victoria frente al enemigo clerical que no había conseguido dominar en sus redes al individuo enterrado, casado o inscrito por lo civil. La prensa solía hacer referencia, además, el número de personas que formaban parte de las comitivas que acudían a las bodas y entierros civiles para poner de manifiesto el poder de convocatoria anticlerical frente a su adversario. Incluso con motivo del entierro civil de algún republicano especialmente significativo, la prensa aprovechaba la oportunidad para animar al pueblo a mostrar sus respetos al difunto uniéndose a la comitiva²⁴.

De igual forma, la Semana Santa brindó a los círculos republicanos radicales otra ocasión de desafiar a la Iglesia como única institución capacitada para legitimar moralmente las costumbres de la sociedad. Los bailes del Jueves Santo y los banquetes o meriendas de promiscuación del Viernes Santo constituyeron una

23. Sobre la importancia e implicaciones del patriotismo en el republicanismo véase José ÁLVAREZ JUNCO, “Los amantes de la libertad”: la cultura republicana española a principios del siglo XX” en Nigel TOWNSON (ed), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 265-292.

24. *El Progreso*, 23/10/1906, con ocasión del funeral de Juan Pedro Barcelona en Zaragoza. En Alagón, los republicanos organizaron una procesión cívica, seguida de un mitin, para conmemorar el primer aniversario de la muerte de un correligionario, *El Progreso*, 17/5/1904.

forma lúdica y provocativa de exteriorizar esa rivalidad, pues los participantes incumplían de forma pública y expresa los comportamientos sancionados por la Iglesia para esas festividades religiosas —el duelo, el ayuno y la abstinencia de comer carne—. Como celebraciones de carácter colectivo, ofrecían además a los presentes la oportunidad de compartir y afirmar su identidad laicista²⁵.

En el intento de configurar dicha identidad, los anticlericales promovieron la representación de *Electra*, obra convertida en el símbolo de la lucha contra el clericalismo. Su puesta en escena solía servir, además, de pretexto para movilizar la protesta anticlerical, sobre todo cuando la autoridad eclesiástica trataba de suspender la función. Como ocurrió en otras ciudades en España, Huesca fue testigo de los vivas a la libertad, los mueras a los Pantojas y los cantos de la Marsellesa y del himno de Riego típicos de la ocasión²⁶. Cantar estos himnos o dar vivas a la libertad aparecían como culminación de otros sucesos que la prensa republicana presentaba como actos de protesta anticlerical²⁷.

Por último, las ceremonias religiosas de carácter público y multitudinario que se celebraron en Zaragoza a lo largo de la primera década del siglo constituyeron un nuevo pretexto para que los anticlericales manifestaran su rivalidad hacia el clero. Los actos públicos de culto organizados en julio de 1901 con motivo del Jubileo, en mayo de 1905 con ocasión de la peregrinación y coronación de la Virgen del Pilar, en octubre de 1908 en torno a la peregrinación al Pilar conmemorativa del Centenario de los Sitios y en octubre de 1910 para manifestar la protesta católica contra el proyecto de ley de asociaciones de Canalejas, estuvieron en el punto de mira de los medios anticlericales. Desde su punto de vista, más que actos religiosos eran simples demostraciones del poder clerical; las consideraban meras tácticas para camuflar una guerra política bajo el manto de la religión. La prensa republicana incidía con frecuencia en esta idea. No reflejaba, sin embargo, actitudes tan unánimes ante la movilización de la protesta anticlerical.

En 1901 *El Clamor Zaragozano* calificaba el Jubileo de provocación a los sentimientos y a la historia liberal de la ciudad que había combatido y triunfado sobre las fuerzas tradicionalistas en la primera guerra carlista, mientras exhortaba al pueblo a “evitar el insulto”. Los incidentes que rodearon la celebración del Jubileo el 17 y 18 de julio fueron los más violentos de la década en Aragón. El primer día comenzaron cuando grupos anticlericales intentaron impedir la salida de la procesión y culminaron con el apedreamiento de la iglesia de San Felipe y de sacerdotes que participaban en la ceremonia. Por la noche, un grupo de manifestantes “visitó” algunos conventos cantando la Marsellesa y dando repetidos vivas y mueras; ape-

25. Ejemplos de este tipo de actos organizados por los radicales zaragozanos en *La Correspondencia de Aragón*, 13/4/1911 y 2 y 5/4/1912.

26. *El Noticiero* (Zaragoza), 3/7/1901.

27. Por ejemplo, en la inauguración del Monumento a los Mártires de la Religión y de la Patria en Zaragoza, *El Clamor Zaragozano*, 27/10/1904; también en Aranda de Moncayo (Zaragoza) tras una romería, según *El Progreso*, 7/9/1904.

drearon alguno de dichos edificios e intentaron incendiar la puerta de otro, pero ninguno resultó tan afectado como la redacción de *El Noticiero* —el diario católico de Zaragoza— apedreada esa mañana. Al día siguiente fueron objetivo de las piedras el seminario, el palacio arzobispal, la iglesia de San Felipe y el Pilar —según las fuentes católicas— o los fieles que acudían a la basílica —según el diario republicano—. A raíz de estos sucesos, la autoridad eclesiástica suspendió los oficios programados²⁸.

La alegría de *El Clamor Zaragozano* en esa ocasión, que se congratulaba de la marcha de la protesta, contrastaba con la moderación de *El Progreso* en mayo de 1905. Llamamientos a la calma y a la tolerancia, voluntad de restar importancia a los incidentes ocurridos a la salida del Rosario a la Plaza del Pilar —carreras, altercados, algún disparo—, alegría por la ausencia de problemas ante la llegada de nuevos peregrinos a la ciudad y alabanza de la actitud de republicanos significados que trataron de mantener la calma entre los que esperaban en la estación, en previsión de actitudes desafiantes por parte de los peregrinos: esta fue la tónica del órgano de Unión Republicana con ocasión de la peregrinación organizada para celebrar la coronación de la Virgen del Pilar²⁹.

Por su parte, con motivo de la peregrinación del Centenario de los Sitios en 1908 los incidentes se limitaron a muestras de desafecto individuales de oposición a los actos públicos de culto no descubriéndose al paso de banderas que desfilaron en las procesiones. La mayor confusión la crearon los vivos voceados por un grupo de individuos, entre los que figuraba el concejal radical Ángel Laborda, en el momento en que el prelado elevaba la custodia para dar la bendición en una misa en el centro de la ciudad³⁰.

Y en 1910, durante la manifestación católica organizada el 2 de octubre tras una misa en el Pilar para protestar por el proyecto de ley de asociaciones de Canalejas, surgieron de nuevo pequeños incidentes cuando algunos radicales intentaron interrumpirla: gritos, voces, amenazas, algunos golpes y enfrentamientos y cantos de La Marsellesa respondidos por los católicos con el Himno de la Peregrinación³¹.

En conjunto, pues, todos estos tumultos y acciones violentas de comienzos del siglo XX fueron manifestaciones urbanas de la protesta anticlerical contemporánea con las que se pretendía impedir o paralizar las expresiones multitudinarias del culto católico celebradas fuera de los edificios religiosos. A juicio de los anticlericales, ese tipo de ceremonias no tenía un carácter cultural; consideraban que, tras su aparien-

28. *El Clamor Zaragozano*, 30/6/1901, "Al pueblo". Los efectos coleaban todavía a comienzos de 1902 en torno a la destitución del gobernador civil, acusado de demasiada liberalidad en los sucesos: en protesta por su traslado, se organizó una manifestación que desembocó en el apedreamiento e incendio de una puerta del colegio de los jesuitas; *El Noticiero*, 9/1/1902.

29. *El Progreso*, 23 y 25/5/1905.

30. *Heraldo de Aragón*, 21/9/1908 y *El Noticiero*, 20 y 22/9/1908.

31. *El Noticiero*, 3/10/1910.

cia piadosa, eran en realidad un instrumento en manos del clero con el que presionar al poder político para seguir detentando sus posiciones de privilegio.

Por tanto, ni el motivo ni el objeto de dichas protestas se correspondían con los de las perturbaciones del culto católico de corte tradicional; ya no respondían a comportamientos morales o pastorales de clérigos concretos juzgados inapropiados para una dignidad eclesial. A pesar de ello, se percibe una continuidad entre algunas formas de la protesta contemporánea y de la tradicional: al apedrear las puertas de las iglesias, al proferir blasfemias o al insultar a los eclesiásticos y seculares más significados en la organización de manifestaciones multitudinarias del culto, los anticlericales recurrían a un repertorio popular conocido de la protesta contra el clero. No parecían las acciones más adecuadas para alcanzar los grandes objetivos laicistas que decía perseguir el movimiento anticlerical, pero solían ser un medio eficaz cuando se trataba de mostrar el rechazo popular que merecía algún clérigo en una parroquia. No había que desechar, pues, unas formas conocidas — y a veces útiles— de la protesta anticlerical, ya que el sujeto contra el que se dirigían seguía siendo el mismo. Y, aunque corrían el riesgo de alejar del republicanismo a sectores sociales contrarios a esos excesos, podían atraer a la causa republicana a aquellos que se sintieran identificados de alguna forma con el componente de rivalidad con el clero que estaba en la base del rechazo a las multitudinarias manifestaciones públicas de culto.

Una vez analizada la protesta anticlerical de la primera década del siglo XX en Aragón, podemos concluir que seguían perviviendo muchos de los motivos que generaban descontentos anticlericales típicamente tradicionales, así como muchas de las formas de protesta a que daban lugar. El anticlericalismo republicano no los dejó de lado: los adoptó y reinterpretó para acomodarlos a los postulados ideológicos y a las necesidades políticas del republicanismo. Es decir, incorporó nuevos significados a las críticas contra el clero surgidas del descontento popular y, en relación con ellos, confirió a la protesta unos objetivos muy distintos a los que se planteaba el anticlericalismo tradicional. De esta forma, la protesta anticlerical de comienzos de siglo se orientó a los mismos fines que buscaba el republicanismo con su recurso al anticlericalismo, a saber, la movilización del electorado masculino en apoyo de un proyecto ideológico y político que incluía entre sus presupuestos más definitorios la secularización del Estado y la necesidad de reducir la —hasta entonces excluyente— presencia ideológica y moral de lo clerical en la vida pública española.

A pesar de todos esos esfuerzos por movilizar al electorado por medio del anticlericalismo, los candidatos republicanos no obtuvieron el éxito electoral que esperaban en Aragón. Fuera de Zaragoza, sólo consiguieron representaciones minoritarias en algunos municipios. En la capital, donde el republicanismo era más fuerte, sólo controlaron el ayuntamiento entre 1906 y 1908; durante la mayor parte de la década, ocuparon la mitad de los asientos del consistorio, pero no la presidencia. Dejaron patente, además, que existían importantes diferencias entre ellos a

la hora de convertir en política municipal propuestas laicistas defendidas por el discurso anticlerical republicano³².

Al igual que la actitud demostrada en 1905 por el órgano de Unión Republicana ante la peregrinación y coronación de la Virgen del Pilar, eso reflejaba la moderación que predominaba en el republicanismo aragonés con respecto al anticlericalismo. Los sectores unionistas que controlaron el republicanismo en Aragón hasta 1906 reconocían su utilidad electoral, pero se mostraron reacios a apoyar la movilización de la protesta anticlerical más allá de algunos excesos verbales en mítines y publicaciones. No estaban dispuestos a participar en las formas radicales de movilización anticlerical y, menos, a aceptar la violencia en que podían degenerar algunas formas de protesta.

En el proceso de descomposición que vivió Unión Republicana a partir de 1906, los sectores radicales que trataron de ganar el control del republicanismo en Aragón potenciaron la movilización anticlerical. Sin embargo, no pretendieron con ello cohesionar a todas las fuerzas republicanas en torno al anticlericalismo, sino más bien monopolizarlo como un elemento de movilización del electorado en su propio beneficio.

En definitiva, aunque el republicanismo aragonés recurrió al discurso anticlerical e instrumentalizó el recelo contra el clero existente en ciertos sectores de población para movilizarlos en torno a objetivos electorales, no encontró en el anticlericalismo el elemento ideológico cohesionador con el que superar su debilidad y fragmentación.

32. Por ejemplo, algunos concejales republicanos rechazaron con su voto la propuesta de conceder una subvención municipal a la escuela laica; algunos sectores anticlericales de la capital intentaron organizar un mitin de protesta, pero no se llegó a celebrar al denegarse el permiso, según *El Clamor Zaragozano*, 2/2/1905.